

adios al decano de la reforma



El 1º de Diciembre de 1968, al cabo de una vida de 87 años ha desaparecido un arquitecto, tal vez inadvertidamente para los jóvenes colegas, a causa de que su actividad profesional en la vida pública y docente, declinara casi dos décadas atrás. Si bien su figura no se ha extinguido en el olvido para algunas instituciones como la Dirección de Obras Públicas, la Masonería Chilena y la Facultad de Arquitectura de las cuales otrora fue su jefe o fundador, falta rendir justicia a la memoria venerable de Don Hermógenes del Canto Aguirre, gran capitán de las luchas universitarias - por parte de quienes, siendo sus alumnos, combatieron lealmente a su lado.

En gran medida, este homenaje de lealtad corresponde a AUCA, sobre todo porque muchos de sus miembros vivieron esa etapa de grandes definiciones en filial contacto con la vida que hoy se extingue.

El primer día de este siglo vio a Hermógenes del Canto convertido en estudiante de la recién inaugurada Escuela de Arquitectura, bajo la dependencia de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile. 44 años más tarde, preside, a su vez, como Decano, la primera Facultad autónoma de Arquitectura y Urbanismo de este país.

Es en ese momento, en el seno de una institución a la cual acababa de otorgarse discutida independencia, a la conducción de un personaje de sólido prestigio público, que estalla la primera chispa de la Reforma, materializada en una huelga de estudiantes de arquitectura.

Para comprender la verdadera dimensión de las actitudes de quienes vivieron tales acontecimientos y, particularmente, la de Don Hermógenes del Canto, Decano de la Facultad, hay que remitirse de algún modo a los hechos objetivos que configuraban esa realidad: La Facultad de Arquitectura, recién creada como resultado de la presión gremial, organismo bastante débil aún, en el seno de una Universidad imbuida de autoritarias normas académicas, quien había depositado su confianza en la persistencia de dichos valores, sobre un hombre que simboliza el arquetipo del "magister", jefe indiscutido del más alto servicio público de la profesión, gran maestro de las logias masónicas de Chile, primer arquitecto de la República.

¿Qué podían esperar de este personaje los estudiantes que se encontraban en un movimiento de rebeldía por la renovación de la arquitectura, sino la más intransigente defensa de la tradición académica y de las normas en que él mismo fuera educado y, con tanto éxito, consagrado? ¿Qué crédito conceder a la algaraza de un puñado de jóvenes que hablaban el chocante e irrespetuoso lenguaje del "esprit nouveau" frente a la jerarquía moral-intelectual de una Facultad bien amurallada en los dogmas pedagógicos de l'école des Beaux Arts?

Pues bien. En lo que respecta a dicha alternativa, por primera vez, se quebró la fría lógica de un esquema que en la Universidad había devenido tradición.

Alguna verdad más profunda iluminaba la fragilidad de ese movimiento estudiantil que el espíritu librepensador del gran maestro masónico de pronto captó... ..

Entonces se le vio a él, rompiendo todo protocolo, dialogar con los estudiantes por primera vez en la redonda mesa de la Reforma. Una mesa sobre la cual el escalpelo implacable e irritante del juicio joven hacía la autopsia de la que hasta entonces llamábase en Chile y gran parte del mundo, enseñanza de la arquitectura. A su alrededor, unos cuantos docentes, de suficiente valor moral para enfrentar la crítica, estaban presentes. Y a la cabeza de ellos, la figura de Don Hermógenes del Canto, confería respetabilidad al equipo, ante el Consejo Universitario. En el trabajo de este grupo, primer modelo de cogobierno estudiantil-docente, se gestó la Reforma de 1946. A posteriori de la crítica, venían los nuevos postulados de la profesión y la enseñanza, las bases para el planteo de una nueva estructura facultativa y, finalmente, la organización, los métodos y los programas que habían de proponerse. Fue en esta etapa concreta y esencialmente constructiva en la que su experiencia de 40 años de organizador y jefe de servicios, se hizo presente para institucionalizar aquello que los estudiantes presentaban como ideal de estructuración universitaria.

El resultado fue el informe que en 1946, la Comisión de Reforma elevó a la consideración del Consejo Universitario, proponiendo una nueva Facultad de Arquitectura, bajo la firma de Don Hermógenes del Canto, redactado de su puño y letra. Un modelo de audacia y desprejuiciamiento en el cual los conceptos más quemantes de los documentos estudiantiles se encontraban estampados con la absoluta corrección y estilo de un oficio universitario que habría de llegar hasta la mesa del Presidente de la República. Una pieza maestra de retórica administrativa, donde se proponía, por primera vez en la vida de la Universidad medidas tales como las cátedras paralelas electivas, la supresión de los exámenes, la asistencia libre, el trabajo de equipo en la docencia, etc.

Un Reglamento escueto que refundía cátedras, creaba perspectivas humanísticas a la profesión y daba a los estudiantes una participación efectiva en la tuición de la enseñanza.

En esta lucha, de la mano con sus alumnos, se jugó Hermógenes del Canto lanzando a la balanza el considerable peso de su prestigio personal, que trascendía, desde mucho antes, el ámbito universitario. No es difícil explicarse que su elevada figura llegara a ser también el blanco de una reacción tan implacable como irritante era la crítica y sólido el planteamiento que ella fundamentaba. Aquellos cuyos intereses fueron amagados o cuya responsabilidad se demolía enlazado al sistema en caducidad, también tuvieron su compensación. En la lucha de poderes, Hermógenes del Canto, como tantas veces ha ocurrido con los generales, fue a la vez vencedor y vencido.

La Reforma de 1946 quedó aprobada por el Consejo Universitario en todas sus partes, abriéndose camino a la más formidable transformación de la enseñanza de la arquitectura, no solamente en Chile sino en toda América Latina, desde Buenos Aires hasta México, en que sus tesis se hicieron realidad. Pero el Decano de la Reforma, el gran capitán de los estudiantes, herido en su fé humanista y en su dignidad personal abandona silenciosamente 40 años de vida universitaria y de actuaciones públicas y se retira a sus libros y a su familia con la patética humildad de quien, de pronto, deja de negarse al llamado de la vejez.

Luego, 20 años de silencio total, hasta el día de hoy, en que la muerte viene, por segunda vez, a reclamarlo... ..

Dos décadas cubiertas por su silencio que vieron florecer, en promisoría adolescencia, una corporación fraternal de estudiantes y profesores trabajando juntos por las ideas que él contribuyera a formar, con una fuerza y entusiasmo tal que difícilmente será superada. Pero que también pusieron al desnudo pasiones y mezquindades muy por debajo del nivel que señala la gran tarea, destruyendo amistades y afectos. Décadas que vieron llegar a las más altas responsabilidades docentes a sus viejos discípulos, resueltos a hacer realidad y vivencia lo que se inició como sueño de humanista en la mesa de la Reforma. Y que los vieron, años después, abandonar, a su vez, la tarea universitaria, vencidos por la acción desquiciadora de ese estamento burocrático que sabe pudrir hasta las raíces, las más bellas estructuras de pensamiento y de acción. ¿No es acaso, la experiencia de todos los tiempos y todas las instituciones hasta que de nuevo la brisa de renovación sopla bastante fuerte para barrer los escombros?.

Durante tanto tiempo, quienes, por demasiado jóvenes no sabíamos ser sus amigos, sintiéndonos discípulos en el profundo sentido humano de esa relación, tampoco supimos quebrar su voluntaria y obstinada prescindencia y llegar hasta su lado a dar o buscar aliento. Ahora que la experiencia vital nos permite comprender su gesto de retirada, es demasiado tarde para él, aunque no para nosotros. Porque, no en vano fue MAESTRO. Vale decir: un hombre de los pocos que se nos aproxima en la juventud, nos acompaña una etapa del camino, aparentemente sin habernos ayudado mucho en nuestra perplejidad. Pero dejó encendida dentro de nosotros una pequeña chispa que crece y crece con los años hasta desbordar en un sentimiento que es de gratitud o de culpa y que tiene algo de desgarrador porque ya —interrumpido el diálogo de las generaciones— nunca más puede ser expresado a quien tan generosamente le diera vida.

Es lo que ahora sucede con Don Hermógenes del Canto para quien la valoración que su medio le escatimara en vida, se convierte en póstumo homenaje.

A.S.S.